

LOS MARES CUBANOS:
GLORIOSOS CAMPOS DE BATALLA (I)



LA EXPEDICION DE LOS TRECE

por Rogelio Alfonso Granados / ilustraciones de Archivo /
fotocopias Miriam Millán

Junto a nuestra hoy liberada tierra, la larga y cruenta lucha por nuestra independencia de España, en el pasado siglo, tuvo también como escenario a los mares que nos circundan, aunque no todas las expediciones marítimas, por supuesto, perseguían nuestra entera libertad...

Para reseñar unas y otras, así como contarnos de algunas más recientes —hasta la gloriosa del *Granma*, cuyo histórico 25 aniversario celebramos recientemente (2-12-56, 2-12-81) y que culminó con nuestra total soberanía—, iniciamos esta serie de artículos que, con rigor y pasión evidentes, ha escrito Rogelio Alfonso Granados expresamente para nuestra publicación. Dichos trabajos, en su conjunto, constituyen un modesto pero sincero homenaje a un trascendental acontecimiento de nuestra historia patria, y al que nuestro colectivo, como todo nuestro pueblo, se suma hoy con la producción y defensa como irreductible consigna ante *el Norte revuelto y brutal que nos desprecia...*

La balandra **Margaret** se hizo a la mar el 4 de marzo de 1826, partiendo de Montego Bay, Jamaica, con rumbo noroeste hacia las costas del sur de Cuba. A bordo iban trece hombres. Dos de aquellos hombres eran colombianos y ostentaban el grado de coronel, que habían ganado en su país guerreando por la independencia. Se llamaban Juan José Salas y Juan Betancourt. Siete cubanos, cinco ingleses y un indio peruano también formaban parte del grupo, al frente del cual iban los coroneles colombianos. Los cubanos se les habían unido en Kingston.

Esta pequeña expedición se proponía cumplir una temeraria misión, en el marco de los planes colombiano-mexicanos, para erradicar de Cuba —y de Puerto Rico— la dominación colonial española. La misión consistía en explorar lo más que pudieran la costa sur de Cuba, con vistas a ulteriores desembarcos, así como proporcionar pertrechos de guerra a ciertos núcleos de cubanos separatistas. A ese fin, y en previsión de un encuentro con alguna embarcación armada española, iban provistos de abundante parque, fusiles y lanzas. También llevaban proclamas impresas con exhortaciones revolucionarias. Quizás el texto de estas proclamas era el mismo de otras que, procedentes también de Colombia, venían entrando clandestinamente en Cuba desde hacía años:

"...el reinado de los tiranos ha acabado en América; ella está llamada al rango independiente que debe ocupar entre las naciones del universo. El Libertador de Colombia y sus soldados os saludan amigable y fraternalmente..."

A los cuatro días de navegación la balandra **Margaret** fondeó en el embarcadero de Casimba o Romero, próximo a la punta de arena de Guayabal, a unos 40 kilómetros al este de Santa Cruz del Sur, en la región camagüeyana. Allí permaneció diez días. En ese lapso bajaron a tierra algunos hombres, hicieron ciertos contactos y pudieron enterarse de que había masones presos en Santiago de Cuba (las logias masónicas habían sido prohibidas por Real Orden de 1824, pero subrepticamente continuaban activas). Supieron igualmente que Francisco Agüero y Andrés Manuel Sánchez habían sido capturados y conducidos a Puerto Príncipe. Asimismo recibieron la impresión de que la situación no era la más propicia para pensar en alzamientos. Cuando el grupo expedicionario abandonó aquellos parajes no sospechaba que dos días antes, el 16 de marzo, Agüero y Sánchez habían sido ahorcados.

Continuando rumbo hacia el oeste, la pequeña embarcación ancló cinco días después en la desembocadura del río Agabama, en la zona de Trinidad. Bajaron a tierra los coroneles colombianos en compañía de otros expedicionarios, interesados en cambiar impresiones con un conspirador separatista nombrado José Antonio Iznaga —hermano de José Aniceto, quien en busca de ayuda para la causa cubana llegó hasta Bolívar—, al que localizaron tras un encuentro inesperado con un destacamento de tropas españolas que pudieron burlar. Finalmente la balandra **Margaret** retornó a Jamaica.

Esta pequeña expedición, denominada por los historiadores "Expedición de los Trece" en razón del número de sus integrantes, se inserta en un período histórico de rasgos muy atrayentes. Es la década de 1820 a 1830, en que el ideal separatista cubano se manifestó más activamente que en ningún otro período anterior al levantamiento de La Demajagua. Es la década de dos grandes movimientos conspirativos: el de los "Soles y Rayos de Bolívar", de inspiración colombiana, y el de la "Gran Legión del Águila Negra", de inspiración mexicana. Es la década en que las inquietudes cubanas se mueven nerviosamente por la América liberada, en busca de una



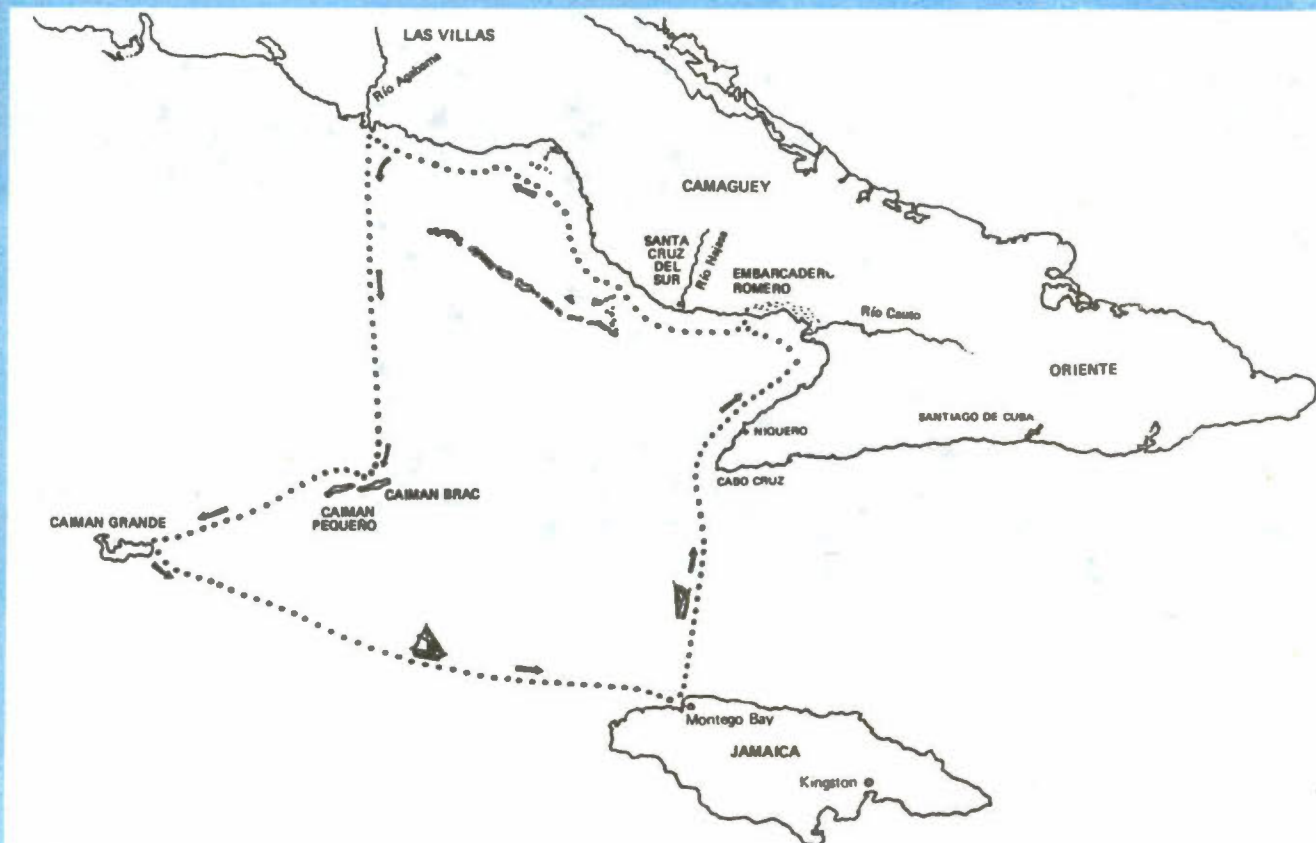


Simón Bolívar declaró que era tan evidente la hostilidad norteamericana a los planes expedicionarios de liberación de Cuba y Puerto Rico, que resultaba "poco menos que insuperable"

El general Santa Ana decía en una proclama: "¡Cubanacanos, las grandes cadenas se rompen a grandes martillazos...!"



El bravo general Páez, de quien Martí dijo que era el más pujante y original de los héroes de la independencia de América, sólo pedía a Bolívar un mes de plazo para estar en La Habana



Después de fondear en Romero (Camagüey) y en la desembocadura del río Agabama (Las Villas), la balandra Margaret, al mando del capitán Dolphy, inglés, retornó a Jamaica, tocando en el trayecto a Caimán Brac y a Gran Caimán. Aquí quedaron, por hallarse enfermos, el coronel Salas y el cubano Alonso Betancourt, a quienes después llevó a Jamaica un buque británico



Un objetivo primordial de los mexicanos comandados por el general Santa Ana, para tomar La Habana, consistía en apoderarse del Morro y La Cabaña

el siglo

Ya en 1823, John Quincy Adams había postulado su cínica concepción de "la fruta madura" respecto a Cuba. No es de extrañar, por tanto, que se opusiera a todos los planes independentistas de la Isla

y es bien sabido que llegaron a hacerse los preparativos necesarios para que las tropas vencedoras en Ayacucho, acaudilladas por el "león del Apure", invadiesen las Antillas españolas" —diría años después, en vísperas de la Guerra del 95, Manuel de la Cruz.

El *león del Apure*, a su vez, el bravo general José Antonio Páez, ardía en ansiedad por añadir a los trofeos arrebatados al enemigo en las Queseras y Carabobo, los que aún permanecían en manos enemigas en La Habana. En vísperas de la batalla decisiva de Ayacucho, escribía a Bolívar desde Puerto Cabello:

"Estoy casi seguro de no engañarme, en el concepto de que usted tardará muy poco en libertar al Perú, así que reciba los contingentes de tropas de Colombia, y entonces no nos queda otro padrastro que La Habana. Yo cuento que usted no hará otra cosa que voltear las bayonetas vencedoras en el Perú, en favor de aquella preciosa parte de nuestros hermanos que gimen bajo el pesado yugo de los españoles. ...Para esto sí cuente usted conmigo y cuente con tres o cuatro mil hombres de Venezuela, los más guapos, y que en un mes después de recibidas las órdenes aquí, estaremos en La Habana..."

ayuda directa respecto a Cuba —porque el ideal separatista no cuenta todavía con un sentimiento nacional maduro en que apoyarse, y tiene que poner sus esperanzas en fuerzas externas.

Colombia y México eran, en efecto, los países más interesados y comprometidos en estos planes de independizar a Cuba, o cuando menos de provocar



una situación desestabilizadora —como diríamos hoy— al régimen español, que impidiera a Fernando VII convertir sus colonias antillanas en base de operaciones para un intento de reconquista.

"...Simón Bolívar no cabe poner en duda que acarició el atrevido proyecto de coronar su obra redentora emancipando a Cuba y Puerto Rico,



Bajo la acusación de ser "emisarios de la República de Colombia, seductores y espías", Francisco Agüero y Velasco (Frasquito) —arriba—, y Andrés Manuel Sánchez Pérez fueron condenados a muerte en un proceso que se significó por su inusitada rapidez. Uno y otro tenían poco más de veinte años de edad y eran de aquella estirpe camagüeyana que años después encarnaría en la figura de Ignacio Agramonte...

Por otra parte, en México, el primer gabinete de gobierno constituido tras la rendición del último baluarte español, proponía al Congreso que se emprendiera una expedición a Cuba. Y el general Antonio López de Santa Ana, a la sazón Gobernador y Comandante del Estado de Yucatán, hacía planes por su cuenta para enviar a La Habana una fuerza expedicionaria que abriría el camino de la victoria con la toma del Morro y La Cabaña.

Precisamente con armas y otros recursos proporcionados por un agente del gobierno de Colombia, habían llegado a Cuba los infortunados Francisco Agüero y Andrés Manuel Sánchez.

Agüero y Sánchez, ambos de Puerto Príncipe, habían tenido que huir a Estados Unidos en 1824 por hallarse implicados en actividades conspirativas. Al año siguiente ambos se dirigieron a la ciudad portuaria colombiana de Cartagena. En Colombia, Sánchez, "pardo ingenuo" —de quien se ha dicho que era autor de un himno, el cual, de haberse logrado la independencia de Cuba en aquel período, habría sido nuestro Himno Nacional—, obtuvo el grado militar de subteniente. De Cartagena se trasladaron a Jamaica, y de aquí, en la balandra inglesa *Marylandia*, a Cuba, donde desembarcaron en Sabanalamar, costa sur de Camagüey, a unos 20 kilómetros al este del punto en que con posteridad fondeaba la *Margaret*. El resto es muy conocido. Capturados por una delación en el ingenio Las Cuabas, unos dos meses después de haber arribado a suelo cubano, fueron ejecutados en la Plaza Mayor de Puerto Príncipe.

Víctimas de un plan coordinado con una expedición que nunca pudo llegar, la captura y muerte de estos valerosos camagüeyanos fue, por supuesto, un duro golpe —unido a otros factores adversos, internos y externos— para los anhelos separatistas cubanos, del que no pudieron reponerse hasta el glorioso 68.

Bien entendido, aquellos planes colombiano-mexicanos nunca habían contado con la simpatía de los criollos enriquecidos y esclavistas. Al contrario, ante dichos planes mantenían un absoluto rechazo y un profundo temor, como exactamente igual había sido ante la primera conspiración que registra la historia de Cuba, en 1809. "¿Es de extrañar que los terratenientes criollos, dirigidos por Arango y Parreño, rechazaran la proposición de unirse a ese primer movimiento independentista? ¿Ni que se alegraran cuando, en 1810, la conspiración fue descubierta y aplastada por Someruelos?" —señala el historiador norteamericano Philip S. Foner¹. No es de extrañar tampoco, por consiguiente, que el propio Arango y Parreño manifestara sin ningún pudor, en 1825, que si por una parte una fuerza expedicionaria de liberación no podía contar con "los grandes propietarios", en cambio —se preguntaba, con palabras de desprecio hacia los patriotas e hijos del país carentes de bienes de fortuna: "*...¿y los demás? Los jóvenes, los aventureros, los descamisados, la gente de color, los esclavos...* ¡Cuántos enemigos, si un ejército de revolucionarios enarbola en nuestras playas su bandera de recluta!"

Pero aún más determinante contra los referidos planes colombiano-mexicanos fue la posición del gobierno norteamericano del presidente John Quincy Adams —saturado hasta el tuétano de la política enunciada por Monroe, de quien había sido Secretario de Estado—, al advertir a Colombia y México que no consentiría cambio alguno en la situación de Cuba y en general de las Antillas españolas, y al frustrar igualmente los planes bolivarianos en el Congreso de Panamá, que hizo exclamar al general Páez: "*El gobierno de los Estados Unidos, y lo digo con dolor, impidió así la independencia de Cuba...*"

A lo que cabría añadir: la independencia y la abolición de la esclavitud. En fin, tras esta breve ojeada a un período antecedente en la historia de las expediciones libertadoras cubanas, vendrán otras muchas, en una sucesión creciente de triunfos y fracasos, pero siempre orladas de heroísmo. Entonces el mar no será más una "barrera protectora" del colonialismo español —como se ha dicho en relación con cierto pasaje histórico—, para, en cambio, servir, si no de alfombra mágica, sí de ancho camino propicio cuando la historia precisó de él.

¹ Philip S. Foner, Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos.

Valiosa obra sobre esta temática por su amplia documentación y el método de análisis del materialismo histórico con que ha sido escrita.